

Abel Valdés A.

ASPECTOS DE VICUÑA MACKENNA

(Apuntes para un estudio).

&COMO decir de don Benjamín Vicuña Mackenna, una palabra nueva? ¿Cómo hablar sobre su personalidad, sin repetir lo ya dicho, sin escribir lo que ya se ha escrito, sin insistir en lo que todos sabemos?

La figura de Vicuña Mackenna es para todos los que desean estudiar nuestra historia, una fuente inagotable de enseñanzas y un misterio espiritual muy hondo.

Un misterio, porque su obra, su espíritu y su vida tienen una línea contradictoria y paradójica, en muchos puntos inexplicable y una fuente de enseñanzas porque su actitud ante la vida, a cien años de su nacimiento y a cuarenta y cinco de su muerte, aun nos está dando lecciones para el porvenir.

¿Qué fué en la vida chilena don Benjamín Vicuña Mackenna? La pregunta a fuer de parecer ociosa, es imprescindible. Trátemos de situar a este hombre en el Chile que él vivió y que por lo que él supo contarnos, se parece poco a este otro Chile en que nos ha tocado vivir a las generaciones de hoy.

Pertenecía por su familia y por sus tradiciones a la porción más selecta de nuestra sociedad, la clase alta, aristocrática, en jerga de asamblea política, oligarca. No quisiéramos entrar en disquisiciones sociológicas; todos vosotros sabéis lo aburridas que son, y sólo nos excusaría hacer una disertación sobre nuestra aristocracia criolla el hecho de que en estos últimos años se han preocupado tanto de ella, elementos ajenos a toda aristo-

cracia. Sin embargo, preciso es reconocer ciertos hechos no nuevos. Estas, son las características primordiales de nuestra clase alta: sentido práctico avezado, carencia de fantasía y de imaginación; espíritu de codicia y de esfuerzo, y, por sobre otras calidades secundarias, una magnífica falta de cultura y un sincero desdén por toda inquietud intelectual no reproductiva.

Orden, esfuerzo, realidad, rutina y cordura imperan en ella y el criterio práctico de sus componentes sirve más que las inquietudes del talento o los arrebatos de la imaginación. Si para caracterizar a la aristocracia chilena del pasado siglo se emplearan términos literarios, forzosamente habríamos de reconocer que representa el espíritu clásico, sujeto a las necesidades y realidades inmediatas de la dura existencia cotidiana y refractario a toda expansión o liberación, que en literatura podría calificarse como de un peligroso romanticismo.

Condicionada por la prudencia; sujeta por la utilidad apreciable en dinero de todos sus esfuerzos; enemiga de toda exterioridad inútil, la porción de sociedad a la que pertenecía Vicuña Mackenna, no pudo reconocer en él, aristócrata hasta la médula, uno de sus hijos representativos.

Es conveniente insistir en este aspecto de don Benjamín Vicuña. En la clase dirigente del Chile del pasado siglo, a la que él pertenecía por sus relaciones, por sus aficiones, por su sangre, el escritor fué un descentrado, esto es: un hombre fuera de su centro. No tenía ninguna de las cualidades del «hombre de derecha», de ese hombre que principia siendo «joven cumplido», después entra a las luchas políticas y se convierte en un «hombre muy habiloso y muy diablo»; se retira de las actividades políticas para pasar a ser «todo un caballero» y finalmente después de una vida, en muchos casos inútil, muere convertido en «eminente patricio», «ilustre patriarca» o «gran republicano», según haya figurado en política en las filas conservadoras, radicales o liberales.

Vicuña Mackenna antes que el tipo de una serie, era un carácter personal, una inquietud personal, un hombre personal. Esta circunstancia no se la perdonó nunca nuestra aristocracia, y toda su vida tuvo que soportar don Benjamín el peso de la resistencia sorda que le puso su medio que era el dirigente del país, a sus ideas, a sus proyectos, a su espíritu generoso. Para su medio don Benjamín Vicuña Mackenna fué siempre un «loco», un «chiflado» y la actitud de la aristocracia en toda su vida, se encuentra demostrada en las burlas con que se recibieron sus mejores proyectos, el desdén con que se miró su producción intelectual y en las palabras que siguen, que condensan el hecho

que hemos señalado y que aparecen en «El Independiente» de 10 de Mayo de 1875, diario oficial del Partido Conservador, cuando Vicuña era a la época candidato a la Presidencia de la República: «Téngase, pues entendido y quede aquí sentado, que nosotros rechazamos la candidatura del señor Vicuña Mackenna, sin tomar para nada en cuenta ni las filas de donde sale, ni sus creencias personales, ni siquiera sus actos anteriores de su vida pública o privada».

Se le rechazaba, pues, porque sí.

Hemos visto que don Benjamín Vicuña Mackenna en su medio, fué lo que se llama vulgarmente una «bala perdida». Y en el Chile de esos años no podía ser de otra manera. Contra el orden, esfuerzo, realidad y cordura, bases de nuestra patria del siglo pasado, Vicuña Mackenna era el desorden, la improvisación, la fantasía, el talento.

Conspirador, conoció las celdas carcelarias en su juventud, padeció persecuciones, fué desterrado. Político y candidato a la primera magistratura nacional, se puso de frente al Gobierno establecido, no respetó el candidato oficial, denunció las intervenciones y no cesó en hacer enconadas campañas desde su asiento del Congreso, desde la prensa, desde el libro, en favor de una mejor justicia, de una más amplia libertad. Funcionario, mantuvo en todo momento su independencia frente a sus jefes. Autoridad edilicia, trasformó la ciudad contra la burla, contra la socarronería de todos sus compatriotas y así pudo dejar en un peñasco convertido en paseo, su mejor testamento de gloria. Escritor, tronó contra toda clase de privilegios y trató por medio del mejor conocimiento de nuestra historia, de formar una conciencia chilena.

¡Indudablemente era el desorden!

Al esfuerzo opuso la improvisación. Su propia vida así se lo exigió. Hoy día quedamos asombrados ante su fecundidad, ante su actividad prodigiosa y renovada, ante la multiplicidad de sus labores. Para ello tuvo que darse a una permanente improvisación que en el conjunto total de su personalidad le resta los brillos que, dadas sus condiciones, pudo tener. No hay más que revisar un poco detalladamente sus trabajos de escritor. Como historiador, es la negación del historiador. La precisión, la veracidad, la seguridad no cuentan para él. Acoge leyendas, inventa episodios, trastrueca situaciones y sus historias son en su gran mayoría productos de un panegirista o de un adversario, casi nunca de un historiador

«La Historia de los diez años de la Administración Montt» ¿qué es sino una diatriba? Y las vidas que escribió, oscilan siempre entre la apología («Don José Miguel Carrera», «Francisco Moyén». «El general Mackenna»), y la detracción («La Quintrala». «El capitán Paddock»), pasando por las que mezcla ambas calidades («San Martín», «Don Diego Portales», «Pedro de Valdivia»). Sus libros sobre la guerra del 79 («Historia de la Campaña de Tarapacá», «Historia de la Campaña de Tacna y Arica», «Guerra del Pacífico», etc.), no son otra cosa que un prolongado canto heroico, poemas muy largos con planos topográficos y nombres pintorescos.

La improvisación misma le impidió trabajar su prosa. Se le ha considerado hasta ahora como un brillante estilista. Es hora ya que nos vayamos dando cuenta que eso, es una brillante falsedad. No podía ser estilista escribiendo seis, diez y hasta quince horas en el día, produciendo dos, tres y hasta cinco libros en un año, prodigándose en sus labores profesionales y políticas y dando gusto en temporadas repetidas y largas a su permanente inquietud viajera.

Escribía mal. Tenía un estilo altisonante y tribunicio y repetía los giros con una profusión lamentable. Algunas metáforas brillantes y la soltura de su decir, eran las mejores calidades de su prosa, pero ellas no bastan para afirmar que era un estilista. Un gran escritor sí, si queréis, pero un gran escritor, que como otros muchos, escribía mal, o mejor dicho, en forma desigual y dispareja.

Entresacamos de su «Diario de Viajes» el párrafo siguiente:

Después de visitar el sitio real de San Ildefonso, comenzamos la subida de la empinada cuesta... Iba don Antonio que así se llamaba el alquilador y conductor de la volanda, que en vez de volar gateaba, callado y tético como los árboles de la vía, iba, decíamos, azotando sus tres rocines cuesta arriba, cuando surgió de todos los abismos de la sierra furioso temporal que amortajó en pocos minutos la inmensa montaña en un denso sudario de alba nieve. Amortajados nosotros en nuestras frazadas de viaje, divisábamos apenas las copas de los árboles en aquel horrible torbellino, y no hablábamos... y en esta triste guisa, oyendo sólo la voz de don Antonio y su fusta Arre! Arre!, llegamos tarde de la noche al Escorial, otro cementerio de vivos, en la opuesta falda del monte, en dirección a Madrid.

El párrafo leído es la mejor comprobación de nuestro aserto anterior. No tenía tampoco condiciones para hacer una prosa artística. Tenía poca sensibilidad artística y en sus libros y relatos de viajes y en sus artículos periodísticos y recuerdos de sus andanzas, no hay una nota que señale al hombre de aguda sensibilidad, de elegante, de fina percepción sensible. No la hay

porque no tenía esa sensibilidad. La visión del paisaje, un basamento magnífico de un temperamento de escritor, no la tuvo jamás; la música no despertó en él particulares inquietudes; las artes plásticas lo atrajeron siempre, pero sus críticas sobre obras de esa naturaleza, revelan que la forma y el color no representaban para él mundos conocidos sino aspectos de motivos de sensibilidad que no comprendía bien.

Por último el sentimiento mismo del amor, revelado en las páginas de sus «Memorias Intimas», no le produce si no un vulgarísimo suspiro sentimental, un quejido de adolescente enamorado, pueril y con pretensiones cósmicas.

Anota a los 17 años en 1848.

Esta noche la ví. ¡Qué linda estaba!

Hacía tantos días que no miraba la luz de su belleza, que me estremecí de un placer delicioso, aunque rápido. ¡Ay! en un tiempo gocé a su lado todo lo que ahora sufro. En un tiempo respiraba sin zozobras su aliento purísimo y su palabra llegaba a mi oído perfumada con el aroma de sus labios. Pero hoy, que siento arder un volcán abrasador de amor y de ternura, etc.

¡No, no era artista!

A la realidad informante del criterio de su medio social opuso la fantasía, la «loca de la casa», ardiente, reidora, disparatera, desenfrenada. Su imaginación, su fantasía, lo hacían un apasionado peligroso, un vehemente constante. Todas sus actividades en su vida de escritor, de político, de profesional, se encuentran dominada por esta condición de su espíritu. No podía encontrarse jamás libre de ella; de su imaginación que le hacía conceder escasa importancia a los problemas de orden práctico, que le inducía a mirar con fastidio su abrumadora y tediosa profesión de abogado.

Pudiendo conservar y acrecentar una gran fortuna sus actividades prácticas no fueron provechosas; tenía más fantasía que criterio práctico y siempre se burlaba del amor desenfrenado al dinero. Crucificó a una conocida familia de Santiago, inventándole un escudo y un lema. El escudo era un cuerno de la abundancia volcando monedas de oro bajo el techo de una pieza vacía, y el lema rezaba: «La bulla pasa y la plata queda en casa». El dístico sirve aún para conocer algunas características de nuestro más alto medio social, mejor que todos los tratados y todas las disquisiciones.

Tampoco podía su fantasía convertirlo en un perfecto abogado, ya que el perfecto abogado debe carecer de toda fantasía. Nunca se halló a gusto en su profesión y el espíritu de los códigos

le estrechaba el alma en una angustia dolorosa. En 1858, en una carta a Mitre, el gran argentino amigo de toda su vida, le dice

Así es, amigo mío, puesto que estamos en el terreno de las confidencias que hace ya seis meses a que no escribo sino sobre papel sellado. Y ¡qué quiere Ud! A esta clase de escritos, aunque los empape uno de cuanta necesidad y de cuanta pedantería hay en los rancios autores, les pone un juez al pie, «como se pide» y ahí tiene Ud., que lo llaman a uno sabio, un hombre de provecho, un futuro ministro, ¡qué sé yo!.

Tenía una fantasía desbordante, activa, desordenada. La conservó hasta su muerte y en alas de ella dió cima a sus mejores proyectos. La urbanización y trasformación de Santiago, tal como pudo realizarla don Benjamín cuando era Intendente, fué una obra fantástica, un producto genuino de la imaginación del «chiflado» de Benjamín, como cariñosamente se referían a él, más de alguno de sus amigos patricios. Y en este predominio de la imaginación en Vicuña Mackenna debemos reconocer en él al romántico, a que hemos hecho alusión líneas atrás, cuando lo enfocamos en una aproximación de juicio desde el punto de vista literario

A la cordura granítica de nuestros antepasados, a ese tradicional «buen sentido» nuestro que tanto daño nos ha hecho y que nos ha sumido en colectivas vergüenzas, opuso Vicuña Mackenna la fuerza pujante de su talento de visionario. Talento de visionario, la frase es justa, para comprender nuestras necesidades, para batallar por nuestro mejoramiento, para encarnar las aspiraciones de una colectividad chilena más consciente, para hacer una patria más firme y más fuerte en una palabra. Ya en 1856, publicó en «El Ferrocarril» un informe sobre «La inmigración europea con relación a Chile», en el que se adelantaba a este problema pidiendo al Gobierno una organización racional y permanente del movimiento inmigratorio. Como era de esperarlo, no fué oído por las autoridades.

Como político en 1875, siendo candidato a la Presidencia de la República y durante toda su vida, combatió por las libertades individuales y reclamó, ¡en esos años!, «un mayor bienestar para el pueblo», según su frase. Como escritor no cesó de referirse a su patria para hacerla mejor y en las páginas de sus historias fué implacable para poner las luces de su talento al servicio del juicio independiente que necesitaban los prohombres chilenos. En «La Asamblea Constituyente» (1858 y 1859), el periódico que fundara en los días atribulados de los últimos años del decenio de don Manuel Montt, se refirió a este mandatario en un juicio que quedará como la expresión de una apreciación inte-

ligente y segura, en que el talento del juez asienta definitivamente la personalidad de la individualidad juzgada.

En don Manuel Montt, Ministro de Estado y Presidente de la República ha vivido siempre el inspector de colegio, el catedrático de la Universidad. La República le ha parecido un colegio, y su voz, por sonora y grave que la oyera, la ha juzgado como juzgaba antes la bulla de los niños.

Su obra de Intendente y su tesón para transformar la vieja aldea que era nuestra capital, el delineamiento de las actuales Avenidas República y España (calificadas de «andurriales» y «extramuros» en la época), ¿no demuestran un talento de visionario progresista y patriota?

Hemos tratado de situar, en la vida chilena del pasado siglo a este Vicuña Mackenna, descentrado y fuera de su sitio en su medio y en su época, y hemos visto algunos aspectos de sus extrañas condiciones paradójales de político, de escritor, de funcionario, de hombre y por esto hemos afirmado que es una personalidad misteriosa, casi inexplicable.

También hemos afirmado que su personalidad y su vida son para todos los chilenos una fuente continuada de perdurables enseñanzas, y es preciso decir por qué.

Nos enseña a todos, especialmente a los que somos jóvenes porque él supo ser siempre joven, porque siempre guardó para el porvenir de su vida, de su obra, de su trabajo, de su patria, una ilusionada esperanza de progreso y de avance.

Y acaso nadie como don Benjamín Vicuña Mackenna, habría podido repetir, si lo hubiera conocido, cuando en la tarde del 25 de Enero de 1886, en el otoño descendente de su vida entraba en esa noche más larga que las otras que es la muerte, el verso mágico del genial indio americano.

¡El Alba de oro es mía!

¡El alba de oro! Con su vida, con su obra, con su actitud, don Benjamín Vicuña Mackenna nos la muestra a todos los jóvenes, como un mañana de esperanza, como un porvenir de progreso y de días mejores.